

TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR

6 de Agosto

1. El Introito: *Tibi dixit*

III

T I-bi di-xit cor me- um,*quaesí-vi vul-
tum tu- um, vultum tu- um Dómi-ne requí-ram : ne
avértas fá-ci-em tu-am a me. *Ps.* Dómi-nus il-lumi-ná-
ti- o me- a, et sa-lus me- a : quem timé-bo?

Gran parte del sentido que toma esta fiesta de la Transfiguración viene de la interpretación de este Introito, tomado del Salmo 26. Y, de manera más concreta, ¿quién habla en este salmo, en este Introito? ¿Es Cristo o se trata de nosotros? ¿Es Cristo quien busca el Rostro del Padre, o somos nosotros que buscamos el Rostro divino de Cristo? Es cierto que en la Eucaristía es el Cuerpo de Cristo entero quien lo canta. Sin embargo, dado ciertos matices teológicos que ha tomado esta Fiesta en los últimos siglos, se considera que las palabras del Introito son nuestras (*A Ti dice mi corazón: busco tu rostro...*). Y el argumento mayor es la mística de la búsqueda del rostro divino en Cristo. Seríamos nosotros, sería nuestra experiencia y búsqueda de lo divino la que celebramos en esta fiesta. Es cierto que Cristo, según los tres Evangelios sinópticos se transfiguró para ser visto en su humanidad divina por los apóstoles, pero eso no significa que, en primer lugar, la Transfiguración no se refiera a Cristo en su deseo ferviente de realizar la voluntad del Padre, de contemplar su Rostro, marchando hacia su Pasión recién anunciada a sus apóstoles.

Oigamos las palabras de Jean Corbon sobre la Transfiguración:

Pero, si está permitido acercarse al Misterio, quitándose las sandalias de la curiosidad y de la gnosis indiscreta, ¿por qué Jesús eligió ese momento, sus dos testigos y sus tres apóstoles? ¿Qué vivía en su corazón de hombre, él, el Hijo apasionado por el Padre, y también por nosotros? Algunos días antes, Pedro ya había sido iluminado interiormente y le había reconocido como el Mesías de Dios. Jesús había entonces comenzado a desvelar su próximo desenlace: debía sufrir, ser condenado a muerte y resucitar. Tras estos dos anuncios, toma la iniciativa de subir al Monte. El manar de la Transfiguración aparece entonces desde el manar de lo “no dicho” por los evangelistas: acabada la catequesis preparatoria de su Pascua, Jesús se decide a ir hacia su realización. Con todo su ser, con todo su “cuerpo”, Él está entregado a la voluntad amorosa del Padre, se adhiere totalmente a ella. En adelante ya todo pondrá su “sí” incondicional al amor del Padre, hasta ese último combate de la agonía al que serán invitados los mismos tres discípulos.

Necesitamos, sin duda, entrar en el misterio de esta adhesión de amor para comprender que la Transfiguración no es el desvelamiento impasible de la luz del Verbo a los ojos de los apóstoles, sino el momento intenso en el que Jesús, con todo su ser, no es más que una sola cosa con la Compasión del Padre. En aquellos días decisivos, Él es más que nunca transparente a la luz de amor de Aquel que lo entrega a los hombres para su salvación. Por tanto, si Jesús se transfigura es porque el Padre hace estallar en él su Alegría. La irradiación de su luz en su cuerpo de compasión es como el estremecimiento del Padre que responde al Don total de su Unigénito. De ahí la voz que traspasa la nube: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco, ¡escuchadlo!”¹.

Estas palabras de Corbon son muy elocuentes para mostrar el sentido cristológico de la Transfiguración. No se trata simplemente de nuestra contemplación de nuestra búsqueda de lo divino en Cristo, sino también de la revelación “en Cristo”, en todo su

¹ CORBON, J., *Liturgia de la Fuente*, Barcelona 1995, 95-96.

ser, en todo su cuerpo, del amor que es su ser mismo de Hijo, hecho carne por nosotros. Cristo buscando el diseño, o el rostro de su Padre ante la presencia de la Cruz. Es la misma naturaleza de la Eucaristía, que no es sólo la entrega del Hijo a nosotros, sino también la revelación, ante nuestros ojos, de la eterna acción de gracias del Hijo a su Padre en la cual ahora nos integra y que hoy, en la Transfiguración, celebramos con todo el esplendor de gloria que contiene. La fiesta de la Transfiguración es una invitación a contemplar el resplandor de la luz divina que manifiesta toda Eucaristía.

Por eso vemos las palabras del Introito como palabras en los labios de Cristo, buscando siempre el rostro del Padre que hoy resplandece ante los ojos de los apóstoles, ante nosotros, como prenda de la Resurrección. Es lo que expresa el versículo que sigue al Introito, que se refieren a Cristo ante su Pasión: *Dominus illuminatio mea et salus mea, quem timebo (el Señor es mi luz y mi salvación, a quién temeré?)*. Del mismo modo a como se da la Transfiguración en el segundo Domingo de Cuaresma, en su camino a Jerusalén Cristo, que manifestará en el Huerto su miedo y angustia, resplandece con la luz del Padre y recibe su confirmación con la voz que aleja todo temor y vacilación: *Este es mi hijo, escuchadlo!*. No debemos olvidar el rol central que juega este salmo 26 en la espiritualidad del “refugio” en Dios que está detrás de todo el Salterio (y especialmente en el salmo 90, cantado todo a lo largo del primer Domingo de Cuaresma). Ese refugio que busca Cristo, habitar en la Casa del Señor y ofrecer un sacrificio de aclamación, es el mismo que expresará desde la Cruz con otros dos grandes salmos del refugio en Dios: los salmos 21 y 30.

Y es esa la fuerza expresiva de Cristo buscando el Rostro de su Padre que encontramos desde la entonación de este Introito: *Tibi dixit*. Cuando el modo 3 utiliza su cuarta SOL-DO alcanza una intensidad de expresión que supera su quinta, más sonora, pero menos rica en la expresión de un sentimiento interior. Es así como Cristo le dice al Padre: *A ti dice mi corazón, busco tu Rostro*. Dos veces realiza la misma ascensión SOL-DO y se detiene largamente las dos veces en el DO, asegurando la plena convicción de lo que expresa: su búsqueda del Rostro de Dios. Entre las dos subidas de su plegaria hace una detención en torno al SOL, para remarcar el movimiento interior de su

corazón: la búsqueda incesante del Rostro. Con dos *podatus* seguidos en torno al SOL, que es donde está puesta musicalmente la interioridad de Cristo, la melodía trabaja sobre la fuente de donde brotan las dos subidas orantes hasta el DO. Todos los recursos de la melodía están puestos en hacer intensa tanto la expresión de su oración como en señalar la fuente de donde brota su dinamismo: la fuerza de su corazón (musicalmente puesta en el SOL).

Por otra parte la melodía hace un recorrido orante característico del canto gregoriano: arranque ascensional firme (entonación, en torno a la Fundamental) -expresión en la Dominante del motivo de su plegaria- vuelta al reposo interior (cadencia, siempre en la Fundamental). Primero lo hace a lo largo de la frase de entonación: *Tibi dixit cor meum, vultum tuum*; luego, casi en una construcción paralela, aunque invertida y abreviada, vuelve a repetir la figura en *vultum tuum Domine requiram*. La búsqueda del rostro se da en la cuarta SOL-DO, dentro de una firme ascensión y suave cadencia, unido a la “búsqueda de Dios” que se genera dentro del movimiento en torno al SOL (*requiram*) y desde allí brota y se expande hacia la Dominante.

La expresión final: *ne avertas faciem tuam a me* (no alejes tu rostro de mí) es toda una cadencia hasta la Fundamental que hasta ahora nunca había resonado: la melodía va en búsqueda de la Fundamental MI que da un matiz nuevo a la melodía: después de haber construido siempre a partir del SOL, donde ponía la fuente de su deseo que brota hacia arriba, buscando el Rostro de Dios, ahora la súplica toma un matiz de piedad filial y de abandono en una nueva convicción: no se trata ya de manifestar la propia búsqueda cuanto de confiar en que el Padre no le oculte su Rostro (*facies*). Es en esta convicción donde termina descansando toda la gran plegaria de Cristo al Padre.

Una última reflexión sobre el Rostro de Dios en el contexto del Salterio y su significado en esta fiesta. En rigor la secuencia debe leerse inversamente a como se presenta. La presencia del Rostro de Dios se da en la búsqueda, en el deseo. Cuando el deseo está vivo es signo de que el Rostro está presente. Cuando el deseo se apaga o la búsqueda de la voluntad divina se hace confusa (el pecado) es signo de que Dios ha ocultado su

Rostro. Entonces el mismo rostro del orante se llena de vergüenza y confusión. Con ello se enciende nuevamente el deseo de ver el Rostro divino por medio de la renovación de la búsqueda de Dios, tal como lo expresaban los padres monásticos: constatar que el deseo, que la búsqueda de Dios fuese firme y segura, de ese modo el monje “nunca se sentiría confundido en su esperanza”. Por esto mismo las dos partes de esta súplica dicen lo mismo bajo un paralelo típico de los versículos sálmicos: la expresión del profundo deseo del corazón (*tibi dixit cor meum*) es el signo por excelencia de que Dios no ha apartado su Rostro de él. Esta es la gran manifestación de la Transfiguración: la simple e intensa búsqueda del corazón es transfigurada como manifestación del mismo Rostro de Dios. El propio rostro, como dice el versículo, es iluminado y ya no tiene nada que temer (*Dominus illuminatio mea et salus mea, quem timebo?*). Y eso es la “salud”, la salvación: ser transfigurados por la luz del Rostro divino. Es lo que presentan los grandes relatos hagiográficos, desde la Vida de san Antonio hasta la de san Benito: sus rostros rejuvenecidos y serenos reflejan, transfigurados, el Rostro del Padre.

2. El Alleluia: *Candor est lucis aeternae*

VII

A L-le- lú- ia.

∮. Candor est lu- cis aetér-

nae, spé-cu-lum si-ne má-

cu-la, et imá- go bo-ni-

tá- tis il- lí- us.

The image shows a musical score for a seven-part setting of the Alleluia. It consists of seven staves of music. The first staff begins with a large blue initial 'A' and the lyrics 'L-le- lú- ia.'. The second staff has the lyrics '∮. Candor est lu- cis aetér-'. The third staff has 'nae, spé-cu-lum si-ne má-'. The fourth staff has 'cu-la, et imá- go bo-ni-'. The fifth staff has 'tá- tis il- lí- us.'. The sixth and seventh staves continue the melodic line. The score is written in a style typical of liturgical music manuscripts, with a treble clef and a key signature of one flat (B-flat).

El *Alleluia* de esta Misa de la Transfiguración, en la proclamación del Evangelio, está tomado del Libro de la Sabiduría, y es el canto a la luz que resplandece la Sabiduría divina en su Palabra. Otra vez la fiesta de la Transfiguración nos lleva a ver hoy esa luz que brota de toda Palabra de Dios, de Cristo, del Evangelio. Es lo que canta todo *Alleluia* y que hoy, de modo especial, estamos llamados a contemplar en todo su esplendor, en todo su “candor” (*Candor est lucis aeternae*).

El texto refleja también una verdadera confesión de lo que los apóstoles contemplaron al ver al Señor transfigurado: *Claridad de la luz eterna, espejo sin mancha e imagen de su bondad*. Esto es lo que, junto con los apóstoles, contempla la Iglesia hoy en la Eucaristía y, ahora, en su Palabra, en su canto. El Cuerpo de Cristo resplandece con toda la luminosidad del que es la Luz resplandeciente. Es el Cristo Resucitado que se manifiesta en la Fracción del Pan, en la explicación de las Escrituras. Esta contemplación se da dentro del mayor clima de serenidad que puede ser capaz de presentar el modo 7. Los amplios movimientos que hace esta melodía dentro de su quinta SOL-RE, más que ser una exultación ante lo divino, es una respuesta reverencial ante la manifestación de su Majestad. Esta riqueza de la melodía es el fruto de la constante combinación de las ascensiones de quinta, rápidas y firmes, con una inmediata cadencia serena y gradual, extensa, que vuelve a reposar en la Fundamental, de donde había partido. La melodía alterna entre estos dos estados del alma: la contemplación reverencial de algo que la sobrepasa, junto con la serenidad de haber visto el resplandor de Dios y no tener ya que morir. Eso es la “bondad de esta luz” que en lugar de aniquilar al hombre se deja ver, transfigurada en la luz de la misma Palabra que la proclama y canta.

Por otra parte, la alternancia de estos dos momentos melódicos viene reforzada por la acentuación musical del acento gramatical de las palabras, que es una de las riquezas de la adaptación de este *Alleluia* respecto de su original *Caro mea vere est cibus*. Cuando una melodía combina estos dos recursos la fuerza de la pieza viene dada por un fiel seguimiento del ritmo de los acentos, sin introducir ningún movimiento artificial. En efecto, cada palabra, “*candor, lucis, aeternae, etc.*”, tiene sobre su acento

respectivo una carga musical que refuerza su expresión que viene sucesivamente prolongado por neumas que llevan a un verdadero saboreo de cada una de ellas. De un modo especial las expresiones “*sine macula*”, “*bonitatis*” e “*illius*” están revestidas con formas musicales del *iubilus* y que hacen de todo este canto una unidad magistralmente armoniosa.

3. La Comunión: *Visionem quam vidistis*

Comm. 1.

V I-si-ónem * quam vi-dístis, némi-ni dixé-ri-
tis, do-nec a mórtu-is resúrgat Fí-li- us hómi-nis.

La sencillez de esta Comunión contrasta, en apariencia, con la experiencia de la cual es portadora. En efecto, en este momento de la Eucaristía hacia el cual converge toda la celebración, se da el encuentro más personal con el Señor y suenan sus palabras que dicen: *La visión que habéis visto no las contéis a ninguno, hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos*. Tal como lo dice la entonación, la Comunión es una visión que, otra vez, hoy de modo especial en esta fiesta de la Transfiguración, estamos llamados a experimentar, saborear y contemplar. La reduplicación del verbo “*ver*” (*visionem quam vidistis*) en la entonación es muy expresiva de la experiencia a la que se está refiriendo. Tal vez sea una de las más grandes pobreza de nuestra concepción litúrgica hoy: ha perdido todo el sentido de ser lugar donde resuena la voz del Señor, como en el Sinaí, como en el Horeb, y como encuentro cara a cara con Él, es decir, como Teofanía, a la que hoy la transfiguración de nuestra humanidad en Cristo, bajo un velo sacramental que hoy no sabemos reconocer ni valorar en la Fe. La Fe ha perdido el sentido de ser “*visión*” que hoy, en la Transfiguración se nos llama a recuperar.

La melodía de esta primera parte, construida en el modo 1, refleja una gran sencillez que pone de manifiesto, también, que se trata de una antífona que prepara el canto del salmo que le seguirá. Este salmo es el 44, en los versículos que dice:

*Me brota del corazón un poema bello
recito mis versos a un Rey.
Eres el más bello de los hombres...*

La melodía sigue, en su entonación, una modesta curva que apenas lleva a tocar la Dominante de este modo uno: el LA. Ascende desde la Fundamental RE, va paso a paso, nota a nota, y vuelca toda su fuerza sobre la cadencia *vidistis* que está compuesta por varios neumas en torno a la Fundamental que, en este modo 1 y en esta antífona en particular, es el lugar de recogimiento, de la intimidad: lo visto debe quedar entre ellos, entre Cristo y los apóstoles.

Luego de la visión siguen las palabras de prohibición bien remarcadas por la expresión musical de *nemini*, que parte del FA y salta al LA, reforzando la palabra con un contra acento musical que le da más fuerza a la prohibición. Luego el Señor da la clave de este gran misterio que los apóstoles han contemplado: la Resurrección. Solo por la Resurrección y a partir de ella los apóstoles podrán contar lo visto, lo contemplado.

Otra vez los distintos elementos de la Eucaristía son vistos a la luz de la Transfiguración, que ahora recibe su esclarecimiento final: la Resurrección. La comunión con Cristo siempre está marcada por una luz, una iluminación que, en las culturas antiguas era más habitual considerar que hoy. La reducción de la “iluminación” a un hecho exterior que impacta desde fuera ha empobrecido grandemente esta realidad, tanto desde el punto de vista material como espiritual. Desde el punto de vista material se sigue estudiando la luz, principio esencial, bajo parámetros pobremente cuantificables. Y esto mismo lleva a que, desde un punto de vista espiritual sólo sea considerado como una metáfora, cuando sabemos que, bíblicamente, la luz y la vista estaban enraizados en el corazón, y por eso el hombre puro podía ver cosas inaccesibles al resto de los hombres (“bienaventurados los puros

de corazón porque ellos verán...”). Y, para nosotros, la comunión con Cristo es fuente de renovación de todos los sentidos del alma desde su raíz: la vista, el gusto, el tacto, el olfato. Son las primicias de la humanidad plenamente resucitada y restaurada y sólo pueden conocerlo los que ya han tomado parte en esa vida de resucitados y por lo que esta fiesta nos invita hoy no sólo a gustar, sino también contemplar.

La expresión final: *donec a mortuis resurgat Filius hominis* realiza dos movimientos melódicos ligeros de subir y bajar en torno al SOL, que en esta pieza es un verdadero eje musical, más allá de la Dominante y la Fundamental, que siempre son los parámetros principales. Y, por ese mismo dato, vemos que la melodía privilegia el mundo sonoro que está por debajo del SOL, que es el mundo de una intimidad que se comparte, de lo que no se dice. Es lo que el Señor quiere que queda en lo escondido y solo Él conoce su significado. Esta antífona revela en su sencillez lo que solo el Hijo del Hombre conoce y que los mismos discípulos, aun viendo lo que vieron, no pueden entender, hasta que Cristo resucite de entre los muertos.